

6

12A(801-K.1)

ESTRATEGIA

REVISTA TEORICA
MOVIMIENTO DE IZQUIERDA
REVOLUCIONARIA

"Ché" Guevara:

"EL SOCIALISMO Y EL HOMBRE"

(Ensayo enviado en Diciembre de 1966
al seminario uruguayo "En Marcha").

Ramón Collar:

**"LA CONTINENTALIDAD DE LA
REVOLUCION LATINOAMERICANA"**

Humberto Valenzuela

**"LA COMUNA OBRERA Y LAS
JUNTAS DE VECINOS"**

Santiago-Chile

Eº 1,50

SEPTIEMBRE DE 1966

EL SOCIALISMO Y EL HOMBRE

Ernesto "Ché" Guevara

Es común escuchar de boca de los voceros capitalistas, como un argumento en la lucha ideológica contra el socialismo, la afirmación de que este sistema social o el período de construcción del socialismo al que estamos nosotros abocados, se caracteriza por la abolición del individuo en aras del Estado. No pretenderé refutar esta afirmación sobre una base meramente teórica, sino establecer los hechos tal cual se viven en Cuba y agregar comentarios de índole general. Primero esbozaré a grandes rasgos la historia de nuestra lucha revolucionaria antes y después de la toma del poder.

El 26 de julio de 1953

Como es sabido, la fecha precisa en que se iniciaron las acciones revolucionarias que culminarían el 1º de enero de 1959, fue el 26 de julio de 1953. Un grupo de hombres dirigidos por Fidel Castro atacó en la madrugada de ese día el Cuartel Moncada, en la Provincia de Oriente. El ataque fue un fracaso, el fracaso se transformó en desastre y los sobrevivientes fueron a parar a la cárcel para reiniciar, luego de ser amnistiados, la lucha revolucionaria.

Durante este proceso, en el cual solamente existían gérme-

nes de socialismo, el hombre era un factor fundamental. En él se confiaba, individualizado, específico, con nombre y apellido, y de su capacidad de acción dependía el triunfo o el fracaso del hecho encomendado.

Llegó la etapa de la lucha guerrillera. Esta se desarrolló en dos ambientes distintos: el pueblo, masa todavía dormida a quien había que movilizar y su vanguardia, la guerrilla, motor impulsor de la movilización, generador de conciencia revolucionaria y de entusiasmo combativo. Fue esta vanguardia el agente catalizador, el que creó las condiciones subjetivas necesarias para la victoria. También en ella, en el marco del proceso de proletarianización de nuestro pensamiento, de la revolución que se operaba en nuestros hábitos, en nuestras mentes, el individuo fue el factor fundamental. Cada uno de los combatientes de la Sierra Maestra que alcanzara algún grado superior en las fuerzas revolucionarias, tiene una historia de hechos notables en su haber. En base a éstos lograban sus grados.

Fue la primera época heroica, en la cual se disputaba por lograr un cargo de mayor responsabilidad, de mayor peligro, sin otra satisfacción que el cumplimiento del deber. En la actitud de nuestros combatientes se vislumbraba al hombre del futuro.

En otras oportunidades de nuestra historia se repitió el hecho de la entrega total a la causa revolucionaria. Durante la crisis de octubre o en los días del ciclón "Flora", vimos actos de valor y sacrificio excepcionales realizados por todo un pueblo. Encontrar la fórmula para perpetuar en la vida cotidiana esa actitud heroica, es una de nuestras tareas fundamentales desde el punto de vista ideológico.

Enero de 1959

En enero de 1959 se estableció el Gobierno Revolucionario con la participación en él de varios miembros de la burguesía entreguista. La presencia del Ejército Rebelde constituía la garantía de poder, como factor fundamental de fuerza.

Se produjeron enseguida, contradicciones serias, resueltas, en primera instancia, en febrero del 59, cuando Fidel Castro asumió la jefatura de gobierno con el cargo de Primer Ministro. Culminaba el proceso en julio del mismo año, al renunciar el presidente Urrutia ante la presión de las masas.

Aparecía en la historia de la Revolución Cubana, ahora con caracteres nítidos, un personaje que se repetirá sistemáticamente: la masa.

Este ente multifacético no es, como se pretende, la suma de elementos de la misma categoría (reducidos a la misma categoría, además, por el sistema impuesto), que actúa como un manso rebaño. Es verdad que sigue sin vacilar a sus dirigentes, fundamentalmente a Fidel Castro, pero el grado en que él ha ganado esa confianza responde precisamente a la interpretación cabal de los deseos del pueblo, de sus aspiraciones, y a la lucha sincera por el cumplimiento de las promesas hechas.

La masa participó en la Reforma Agraria y en el difícil empeño de la administración de las empresas estatales; pasó por la experiencia heroica de Playa Girón; se forjó en las luchas contra las distintas bandas de bandidos armadas por la C I A; vivió una de las definiciones más importantes de los tiempos modernos en la crisis de octubre y sigue hoy trabajando en la construcción del socialismo.

Vistas las cosas desde un punto de vista superficial, pudiera parecer que tienen razón aquellos que hablan de la supeditación del individuo al Estado; la masa realiza con entusiasmo y disciplina sin iguales las tareas que el gobierno fija, ya sean de índole económica, cultural, de defensa, deportiva, etc. La iniciativa parte en general de Fidel o del alto mando de la Revolución y es explicada al pueblo que la toma como suya. Otras veces, experiencias locales se toman por el partido y el gobierno para hacerlas generales, siguiendo el mismo procedimiento.

Sin embargo, el Estado se equivoca a veces. Cuando una de esas equivocaciones se producen, se nota una disminución del entusiasmo colectivo por efectos de una disminución cuantitativa de cada uno de los elementos que lo forman y el trabajo se paraliza hasta quedar reducido a magnitudes insignificantes; es el instante de rectificar. Así sucedió en marzo de 1962 ante la política sectaria impuesta al partido por Aníbal Escalante.

Es evidente que el mecanismo no basta para asegurar una sucesión de medidas sensatas y que falta una conexión más estructurada con la masa. Debemos mejorarlo durante el curso de los próximos años pero, en el caso de las iniciativas surgidas en los estratos superiores del gobierno, utilizamos por ahora el método casi intuitivo de auscultar las reacciones generales frente a los problemas planteados.

Maestro en ello es Fidel, cuyo particular modo de integración con el pueblo sólo puede apreciarse viéndolo actuar. En las grandes concentraciones públicas se observa algo así como el diálogo de dos diapasones cuyas vibraciones provocan otras nuevas en el interlocutor. Fidel y la masa comienzan a vibrar

en un diálogo de intensidad creciente hasta alcanzar el clímax en un final abrupto, coronado por nuestro grito de lucha y de victoria.

Lo difícil de entender, para quien no viva la experiencia de la Revolución, es esa estrecha unidad dialéctica existente entre el individuo y la masa, donde ambos se interrelacionan y, a su vez, la masa, como conjunto de individuos, se interrelaciona con los dirigentes.

En el capitalismo se pueden ver algunos fenómenos de este tipo cuando aparecen políticos capaces de lograr la movilización popular pero, si no se trata de un auténtico movimiento social, en cuyo caso no es plenamente lícito hablar de capitalismo, el movimiento vivirá lo que la vida de quien lo impulse o hasta el fin de las ilusiones populares, impuesto por el rigor de la sociedad capitalista. En ésta, el hombre está dirigido por un frío ordenamiento que, habitualmente escapa al dominio de su comprensión. El ejemplar humano, enajenado, tiene un invisible cordón umbilical que le liga a la sociedad en su conjunto: la ley del valor. Ella actúa en todos los aspectos de su vida, va modelando su camino y su destino.

Las leyes del capitalismo, invisibles para el común de las gentes y ciegas, actúan sobre el individuo sin que éste se percate. Sólo ve la amplitud de un horizonte que aparece infinito. Así lo presenta la propaganda capitalista que pretende extraer del caso Rockefeller —verídico o no— una lección sobre las posibilidades de éxito. La miseria que es necesario acumular para que surja un ejemplo así y la suma de ruindades que conlleva una fortuna de esa magnitud, no aparecen en el cuadro y no siempre es posible a las fuerzas populares aclarar estos conceptos. (Cabría aquí la disquisición sobre cómo en los países imperialistas los obreros van perdiendo su espíritu internacional de clase al influjo de una cierta complicidad en la explotación de los países dependientes y cómo este hecho, al mismo tiempo, lima el espíritu de lucha de las masas en el propio país, pero ese es un tema que sale de la intención de estas notas).

De todos modos, se muestra el camino con escollos que, aparentemente, un individuo con las cualidades necesarias, puede superar para llegar a la meta. El premio se avizora en la lejanía; el camino es solitario. Además, es una carrera de lobos; solamente se puede llegar sobre el fracaso de otros.

Individuo y socialismo

Intentaré, ahora, definir al individuo, actor de ese extraña y apasionante drama que es la construcción del socialismo, en su doble existencia de ser único y miembro de la comunidad.

Creo que lo más sencillo es reconocer su cualidad de no hecho, de producto no acabado. Las taras del pasado se tras-

ladan al presente en la conciencia individual y hay que hacer un trabajo continuo para erradicarlas.

El proceso es doble; por un lado actúa la sociedad con su educación directa e indirecta; por otro, el individuo se somete a un proceso consciente de autoeducación.

La nueva sociedad en formación tiene que cumplir muy duramente con el pasado. Este se hace sentir no sólo en la conciencia individual, en la que pesan los residuos de una educación sistemáticamente orientada al aislamiento del individuo, sino también por el carácter mismo de este período de transición, con persistencia de las relaciones mercantiles. La mercancía es la célula económica de la sociedad capitalista; mientras exista, sus efectos se harán sentir en la organización de la producción y, por ende, en la conciencia.

En el esquema de Marx se concebía el período de transición como resultado en la transformación explosiva del sistema capitalista destrozado por sus contradicciones; en la realidad posterior se ha visto cómo se desgajan del árbol imperialista algunos países que constituyen las ramas débiles, fenómeno previsto por Lenin. En éstos, el capitalismo se ha desarrollado lo suficiente como para hacer sentir sus efectos, de un modo u otro, sobre el pueblo, pero no son sus propias contradicciones las que, agotadas todas las posibilidades, hacen saltar el sistema. La lucha de liberación contra un opresor externo, la miseria provocada por accidentes extraños, como la guerra, cuyas consecuencias hacen recaer las clases privilegiadas sobre los explotados, los movimientos de liberación destinados a derrocar regímenes neocoloniales, son los factores habituales de desencadenamiento. La acción consciente hace el resto.

En estos países no se ha producido todavía una educación completa para el trabajo social y la riqueza dista de estar al alcance de las masas mediante el simple proceso de apropiación. El subdesarrollo por un lado y la habitual fuga de capitales hacia países "civilizados" por otro, hacen imposible un cambio rápido y sin sacrificios. Resta un gran tramo a recorrer en la construcción de la base económica y la tentación de seguir los caminos trillados del interés material, como palanca impulsora de un desarrollo acelerado, es muy grande.

Callejón sin salida

Se corre el peligro de que los árboles impidan ver el bosque. Persiguiendo la quimera de realizar el socialismo con la ayuda de las armas melladas que nos legara el capitalismo (la mercancía como célula económica, la rentabilidad, el interés ma-

terial individual como palanca, etc.), se puede llegar a un callejón sin salida. Y se arriba allí tras de recorrer una larga distancia en la que los caminos se entrecruzan muchas veces y donde es difícil percibir el momento en que se equivocó la ruta. Entre tanto, la base económica adaptada ha hecho su trabajo de zapa sobre el desarrollo de la conciencia. Para construir el comunismo, simultáneamente con la base material hay que hacer al hombre nuevo.

De allí que sea tan importante elegir correctamente el instrumento de movilización de las masas. Ese instrumento debe ser de índole moral, fundamentalmente, sin olvidar una correcta utilización del estímulo material, sobre todo de naturaleza social.

Como ya dije, en momentos de peligro extremo es fácil potenciar los estímulos sociales; para mantener su vigencia, es necesario el desarrollo de una conciencia en la que los valores adquieren categorías nuevas. La sociedad en su conjunto debe convertirse en una gigantesca escuela.

Las grandes líneas del fenómeno son similares al proceso de formación de la conciencia capitalista en su primera época. El capitalismo recurre a la fuerza, pero, además, educa a la gente en el sistema. La propaganda directa se realiza por los encargados de explicar la ineluctabilidad del régimen de clase, ya sea de origen divino o por imposición de la naturaleza como ente mecánico. Esto aplaca a las masas que se ven oprimidas por un mal contra el cual no es posible la lucha. A continuación viene la esperanza, y en esto se diferencia de los anteriores regímenes de casta que no daban salida posible.

Para algunos continuará vigente la fórmula de casta: el premio a los obedientes consiste en el arribo, después de la muerte, a otros mundos maravillosos donde los buenos son premiados, con lo que se sigue la vieja tradición. Para otros, la innovación: la separación en clases es fatal, pero los individuos pueden salir de aquella a que pertenecen mediante el trabajo, la iniciativa, etc. Este proceso, y el de autoeducación para el triunfo, deben ser profundamente hipócritas; es la demostración interesada de que una mentira es verdad.

La educación directa

En nuestro caso, la educación directa adquiere una importancia mucho mayor. La explicación es convincente porque es verdadera; no precisa de subterfugios. Se ejerce a través del aparato educativo del Estado en función de la cultura general,

técnica e ideológica, por medio de organismos tales como el Ministro de Educación y el aparato de divulgación del Partido. La educación prende en las masas y la nueva actitud preconizada tiende a convertirse en hábito; la masa la va haciendo suya y presiona a quienes no se han educado todavía. Esta es la forma indirecta de educar a las masas, tan poderosa como aquella otra.

Pero el proceso es consciente; el individuo recibe continuamente el impacto del nuevo poder social y percibe que no está completamente adecuado a él. Bajo el influjo de la presión que supone la educación indirecta, trata de acomodarse a una situación que siente justa y cuya propia falta de desarrollo le ha impedido hacerlo hasta ahora. Se autoeduca.

En este período de construcción del socialismo podemos ver el hombre nuevo que va naciendo. Su imagen no está todavía acabada; no podría estarlo nunca ya que el proceso marcha paralelo al desarrollo de formas económicas nuevas. Descontando aquellos cuya falta de educación los hace tender al camino solitario, a la autosatisfacción de sus ambiciones, los hay que aún dentro de este nuevo panorama de marcha conjunta, tienen tendencia a caminar aislados de la masa que acompañan. Lo importante es que los hombres van adquiriendo cada día más conciencia de la necesidad de su incorporación a la sociedad y, al mismo tiempo, de su importancia como motores de la misma.

Ya no marchan completamente solos, por veredas extrañadas, hacia lejanos anhelos. Siguen a su vanguardia, constituida por el Partido, por los obreros de avanzada, por los hombres de avanzada que caminan ligados a las masas y en estrecha comunión con ellas. Las vanguardias tienen su vista puesta en el futuro y en su recompensa pero ésta no se vislumbra como algo individual; el gremio es la nueva sociedad donde los hombres tendrán características distintas: la sociedad del hombre comunista.

El camino es largo y lleno de dificultades. A veces, por extraviar la ruta, hay que retroceder; otras, por caminar demasiado aprisa, nos separamos de las masas; en ocasiones, por hacerlo lentamente, sentimos el aliento cercano de los que nos pisan los talones. En nuestra ambición de revolucionarios, tratamos de caminar tan aprisa como sea posible, abriendo caminos, pero sabemos que tenemos que nutrirnos de la masa y que ésta sólo podrá avanzar más rápido si la alentamos con nuestro ejemplo.

A pesar de la importancia dada a los estímulos morales,

el hecho de que exista la división en dos grupos principales (excluyendo, claro está, la fracción minoritaria de los que no participan, por una razón u otra, en la construcción del socialismo), indica la relativa falta de desarrollo de la conciencia social. El grupo de vanguardia es ideológicamente más avanzado que la masa; ésta conoce los valores nuevos, pero insuficientemente. Mientras en los primeros se produce un cambio cualitativo que les permite ir al sacrificio en su función de avanzada; los segundos sólo ven a medias y deben ser sometidos a estímulos y presiones de cierta intensidad; es la dictadura del proletariado ejerciéndose no sólo sobre la clase derrotada, sino también, individualmente, sobre la clase vencedora.

Las instituciones revolucionarias

Todo esto entraña, para su éxito total, la necesidad de una serie de mecanismos, las instituciones revolucionarias. En la imagen de las multitudes marchando hacia el futuro, encaja el concepto de institucionalización como el de un conjunto armónico de canales, escalones, represas, aparatos bien aceitados que permitan esa marcha, que permitan la selección natural de los destinados a caminar en la vanguardia y que adjudiquen el premio y el castigo a los que cumplan o atenten contra la sociedad en construcción.

Esta institucionalidad de la Revolución todavía no se ha logrado. Buscamos algo nuevo que permita la perfecta identificación entre el gobierno y la comunidad en su conjunto, ajustada a las condiciones peculiares de la construcción del socialismo y huyendo al máximo de los lugares comunes de la democracia burguesa, trasplantados a la sociedad en formación (como las cámaras legislativas, por ejemplo). Se han hecho algunas experiencias dedicadas a crear paulatinamente la institucionalización de la Revolución, pero sin demasiada prisa. El freno mayor que hemos tenido ha sido el miedo a que cualquier aspecto formal nos separe de las masas y del individuo, nos haga perder de vista la última y más importante ambición revolucionaria que es ver al hombre liberado de su enajenación.

No obstante la carencia de instituciones, lo que debe superarse gradualmente, ahora las masas hacen la historia como el conjunto consciente de individuos que luchan por una misma causa. El hombre, en el socialismo, a pesar de su aparente estandarización, es más completo; a pesar de la falta de mecanismo perfecto para ello, su posibilidad de expresarse y hacerse sentir en el aparato social es infinitamente mayor.

Todavía es preciso acentuar su participación consciente, individual y colectiva en todos los mecanismos de dirección y de producción y ligarla a la idea de la necesidad de la educación técnica e ideológica, de manera que sienta cómo estos procesos son estrechamente interdependientes y sus avances son paralelos. Así logrará la total conciencia de su ser social, lo que equivale a su realización plena como criatura humana, rotas las cadenas de la enajenación.

Esto se traducirá concretamente en la apropiación de su naturaleza a través del trabajo liberado y la expresión de su propia condición humana a través de la cultura y el arte.

Mercancía y deber

Para que se desarrolle en la primera, el trabajo debe adquirir una condición nueva; la mercancía hombre cesa de existir y se instala un sistema que otorga una cuota por el cumplimiento del deber social. Los medios de producción pertenecen a la sociedad y la máquina es sólo la trinchera donde se cumple el deber. El hombre comienza a liberar su pensamiento del hecho enojoso que suponía la necesidad de satisfacer sus necesidades animales mediante el trabajo. Empieza a verse retratado en su obra y a comprender su magnitud humana a través del objeto creado, del trabajo realizado. Esto ya no entraña dejar una parte de su ser en forma de fuerza de trabajo vendida, que no le pertenece más, sino que significa una emanación de sí mismo, un aporte a la vida común en que se refleja; el cumplimiento de su deber social.

Hacemos todo lo posible por darle al trabajo esta nueva categoría de deber social y unirlo al desarrollo de la técnica, por un lado, lo que dará condiciones para una mayor libertad, y al trabajo voluntario por otro, basados en la apreciación marxista de que el hombre realmente alcanza su plena condición humana cuando produce sin compulsión de la necesidad física de venderse como mercancía.

Claro que todavía hay aspectos coactivos en el trabajo, aun cuando sea voluntario; el hombre no ha transformado toda la coerción que lo rodea en reflejo condicionado de naturaleza social y todavía produce en muchos casos, bajo la presión del medio (compulsión moral, la llama Fidel). Todavía le falta lograr la completa recreación espiritual ante su propia obra, sin la presión directa del medio social, pero ligado a él por los nuevos hábitos. Esto será el comunismo.

El cambio no se produce automáticamente en la conciencia,

como no se produce tampoco en la economía. Las variaciones son lentas y no son rítmicas; hay períodos de aceleración, otros pausados e, incluso, de retroceso.

Debemos considerar, además, como apuntáramos antes, que no estamos frente al período de transición puro, tal como lo viera Marx en la "Crítica al Programa de Gótha", sino a una nueva fase no prevista por él; primer período de transición del comunismo o de la construcción del socialismo. Este transcurre en medio de violentas luchas de clases y con elementos de capitalismo en su seno que oscurecen la comprensión cabal de su esencia.

Si a esto se agrega el escolasticismo que ha frenado el desarrollo de la filosofía marxista e impedido el tratamiento sistemático del período, cuya economía política no se ha desarrollado, debemos convenir en que todavía estamos en pañales y es preciso dedicarse a investigar todas las características primordiales del mismo, antes de elaborar una teoría económica y política de mayor alcance.

Hombre nuevo y desarrollo técnico

La teoría que resulte dará indefectiblemente preeminencia a los dos pilares de la construcción: la formación del hombre nuevo y el desarrollo de la técnica. En ambos aspectos nos falta mucho por hacer, pero es menos excusable el atraso en cuanto a la concepción de la técnica como base fundamental, ya que aquí no se trata de avanzar a ciegas sino de seguir durante un buen tramo el camino abierto por los países más adelantados del mundo. Por ello Fidel machaca con tanta insistencia sobre la necesidad de la formación tecnológica y científica de todo nuestro pueblo y, más aún, de su vanguardia.

En el campo de las ideas que conducen a actividades no productivas, es más fácil ver la división entre necesidad material y espiritual. Desde hace mucho el hombre trata de liberarse de la enajenación mediante la cultura y el arte. Muere diariamente las ocho horas o más en que actúa como mercancía para resucitar en su creación espiritual. Pero este remedio porta los gérmenes de la misma enfermedad; es un ser solitario el que busca comunión con la naturaleza. Defiende su individualidad oprimida por el medio y reacciona ante las ideas estéticas como un ser único cuya aspiración es permanecer inmaculado.

Se trata sólo de un intento de fuga. La ley del valor no es ya un mero reflejo de las relaciones de producción; los capitalistas monopolistas la rodean de un complicado andamiaje

que la convierte en una sierva dócil, aun cuando los métodos que emplean sean puramente empíricos. La superestructura impone un tipo de arte en el cual hay que educar a los artistas. Los rebeldes son dominados por la maquinaria y sólo los talentos excepcionales podrán crear su propia obra. Los restantes devienen asalariados vergonzantes o son triturados.

Se inventa la investigación artística a la que se da como definitoria de la libertad, pero esta "investigación" tiene sus límites, imperceptibles hasta el momento de chocar con ellos, vale decir, de plantearse los reales problemas del hombre y su enajenación. La angustia sin sentido o el pasatiempo vulgar constituyen válvulas cómodas a la inquietud humana; se combate la idea de hacer del arte un arma de denuncia.

Si se respetan las leyes del juego se consiguen todos los honores; los que podría tener un mono al inventar piruetas. La condición es no tratar de escapar a la jaula invisible.

Cuando la revolución tomó el poder se produjo el éxodo de los domesticados totales; los demás, revolucionarios o no, vieron un camino nuevo. La investigación artística cobró nuevo impulso. Sin embargo, las rutas estaban más o menos trazadas y el sentido del concepto fuga se escondió tras la palabra libertad. En los propios revolucionarios se mantuvo muchas veces esta actitud, reflejo del idealismo burgués en la conciencia.

En países que pasaron por un proceso similar se pretendió combatir estas tendencias con un dogmatismo exagerado. La cultura general se convirtió casi en un tabú y se proclamó el sùmmum de la aspiración cultural una representación formalmente exacta de la naturaleza, convirtiéndose ésta, luego, en una representación mecánica de la realidad social que se quería hacer ver; la sociedad ideal, casi sin conflictos ni contradicciones, que se buscaba crear.

Errores de juventud

El socialismo es joven y tiene errores. Los revolucionarios carecemos, muchas veces, de los conocimientos y la audacia intelectual necesarios para encarar la tarea del desarrollo de un hombre nuevo por métodos distintos a los convencionales; y los métodos convencionales sufren de la influencia de la sociedad que los creó. (Otra vez se plantea el tema de la relación entre formas y contenido). La desorientación es grande y los problemas de la construcción material nos absorben. No hay artistas de gran autoridad que, a su vez, tengan gran autoridad revolucionaria. Los hombres del Partido deben tomar esa tarea entre las manos y busca el logro del objetivo principal: educar al pueblo.

Se busca entonces la simplificación; lo que entiende todo el mundo, que es lo que entienden los funcionarios. Se anula la auténtica investigación artística y se reduce el problema de la cultura general a una apropiación del presente socialista y del pasado muerto (por tanto, no peligroso). Así nace el realismo socialista sobre las bases del arte del siglo pasado.

Pero el arte realista del siglo XIX, también es de clase, más puramente capitalista, quizás, que este arte decadente del siglo XX, donde se transparenta la angustia del hombre enajenado. El capitalismo en cultura ha dado todo de sí y no queda de él sino el anuncio de un cadáver maloliente; en arte, su decadencia de hoy. Pero ¿por qué pretender buscar en las formas congeladas del realismo socialista la única receta válida? No se puede oponer al realismo socialista "la libertad", porque ésta no existe todavía, no existirá hasta el completo desarrollo de la sociedad nueva; pero no se pretenda condenar a todas las formas de arte posteriores a la primera mitad del siglo XIX desde el trono pontificio del realismo a ultranza, pues se caería en un error prudhoniano de retorno al pasado, poniéndole camisa de fuerza a la expresión artística del hombre que nace y se construye hoy.

Falta el desarrollo de un mecanismo ideológico-cultural que permita la investigación y desbroce la mala hierba, tan fácilmente multiplicable en el terreno abonado de la subvención estatal.

El hombre del siglo XXI

En nuestro país, el error del mecanismo realista no se ha dado, pero sí otro de signo contrario. Y ha sido por no comprender la necesidad de la creación del hombre nuevo, que no sea el que represente las ideas del siglo XIX, pero tampoco las de nuestro siglo decadente y morboso. El hombre del siglo XXI es el que debemos crear, aunque todavía es una aspiración subjetiva y no sistematizada. Precisamente, éste es uno de los puntos fundamentales de nuestro estudio y de nuestro trabajo y en la medida en que logremos éxitos completos sobre una base teórica o, viceversa, extraigamos conclusiones teóricas de carácter amplio sobre la base de nuestra investigación concreta, habremos hecho un aporte valioso al marxismo-leninismo, a la causa de la humanidad.

La reacción contra el hombre del siglo XIX, nos ha traído la reincidencia en el decadentismo del siglo XX; no es un error demasiado grave, pero debemos superarlo, so pena de abrir un ancho cauce al revisionismo.

Las grandes multitudes se van desarrollando, las nuevas ideas van alcanzando adecuado ímpetu en el seno de la sociedad, las posibilidades materiales de desarrollo integral de absolutamente todos sus miembros, hacen mucho más fructífera la labor. El presente es de lucha; el futuro es nuestro.

Resumiendo, la culpabilidad de muchos de nuestros intelectuales y artistas reside en su pecado original; no son auténticamente revolucionarios. Podemos intentar injertar el olmo para que dé peras, pero simultáneamente hay que sembrar perales. Las nuevas generaciones vendrán libres del pecado original. Las probabilidades de que surjan artistas excepcionales serán tanto mayores cuanto más se haya ensanchado el campo de la cultura y la posibilidad de expresión. Nuestra tarea consiste en impedir que la generación actual, dislocada por sus conflictos, se pervierta y pervierta a las nuevas. No debemos crear asalariados dóciles al pensamiento oficial ni "becarios" que vivan al amparo del presupuesto, ejerciendo una libertad entre comillas. Ya vendrán los revolucionarios que entonen el canto del hombre nuevo con la auténtica voz del pueblo. Ese proceso requiere tiempo.

La juventud y el Partido

En nuestra sociedad, juegan un gran papel la juventud y el Partido.

Particularmente importante es la primera, por ser la arcilla maleable con que se puede construir al hombre nuevo sin ninguna de las taras anteriores. Ella recibe un trato acorde con nuestras ambiciones. Su educación es cada vez más completa y no olvidamos su integración al trabajo desde los primeros instantes. Nuestros becarios hacen trabajo físico en sus vacaciones o simultáneamente con el estudio. El trabajo es un premio en ciertos casos, un instrumento de educación, en otros; jamás un castigo. Una nueva generación nace.

El Partido es una organización de vanguardia. Los mejores trabajadores son propuestos por sus compañeros para integrarlo. Este es minoritario pero de gran autoridad por la calidad de sus cuadros. Nuestra aspiración es que el Partido sea de masas, pero cuando las masas hayan alcanzado el nivel de desarrollo de la vanguardia, es decir, cuando estén educadas para el comunismo. Y a esa educación va encaminando el trabajo. El Partido es el ejemplo vivo; sus cuadros deben citar una cátedra de laboriosidad y sacrificio; deben llevar, con su acción, a las masas, al fin de la tarea revolucionaria, lo que entraña años de duro bregar contra las dificultades de la construcción, los enemigos de clase, las lacras del pasado, el imperialismo...

Fidel dio el impulso

Quisiera explicar ahora, el papel que juega la personalidad, el hombre como individuo dirigente de las masas que hacen la historia. Es nuestra experiencia, no una receta.

Fidel dió a la Revolución el impulso en los primeros años, la dirección, la tónica siempre, pero hay un buen grupo de revolucionarios que se desarrollan en el mismo sentido que el dirigente máximo y una gran masa que sigue a sus dirigentes porque les tiene fe; y les tiene fe porque ellos han sabido interpretar sus anhelos.

No se trata de cuántos kilogramos de carne se comen o de cuántas veces por año pueda ir alguien a pasearse en la playa, ni de cuántas bellezas que vienen del exterior puedan comprarse, con los salarios actuales. Se trata, precisamente, de que el individuo se sienta más pleno, con mucha más riqueza interior y con mucha más responsabilidad.

El individuo de nuestro país sabe que la época gloriosa que le toca vivir es de sacrificio; conoce el sacrificio. Los primeros lo conocieron en la Sierra Maestra y donde quiera que se luchó; después lo hemos conocido en toda Cuba. Cuba es la vanguardia de América y debe hacer sacrificios porque ocupa el lugar de avanzada, porque indica a las masas de América Latina el camino de la libertad plena.

Dentro del país, los dirigentes tienen que cumplir su papel de vanguardia; y, hay que decirlo con toda sinceridad, en una revolución verdadera, a la que se le da todo, de la cual no se espera ninguna retribución material, la tarea del revolucionario de vanguardia es a la vez magnífica y angustiosa.

Déjeme decirle, a riesgo de parecer ridículo, que el revolucionario verdadero está guiado por grandes sentimientos de amor. Es imposible pensar en un revolucionario auténtico sin esta cualidad. Quizás sea uno de los grandes dramas del dirigente; éste debe unir a un espíritu apasionado una mente fría y tomar decisiones dolorosas sin que se contraiga un músculo. Nuestros revolucionarios de vanguardia tienen que idealizar ese amor a los pueblos. No pueden descender con su pequeña dosis de cariño cotidiano hacia los lugares donde el hombre común lo ejercita.

Los dirigentes de la revolución tienen hijos que en sus primeros balbuceos, no aprenden a nombrar al padre; mujeres que deben ser parte del sacrificio general de su vida para llevar la revolución a su destino; el marco de los amigos responde estrictamente al marco de los compañeros de la revolución. No hay vida fuera de ella.

En esas condiciones, hay que tener una gran dosis de humanidad, una gran dosis de sentido de la justicia y de la verdad, para no caer en extremos dogmáticos, en escolasticismos fríos, en aislamiento de las masas. Todos los días hay que luchar porque ese amor a la humanidad viviente se transforme en hechos concretos, en actos que sirvan de ejemplo, de movilización.

El revolucionario, motor ideológico de la revolución dentro de su partido, se consume en esa actividad ininterrumpida que no tiene más fin que la muerte, a menos que la construcción se logre en escala mundial. Si su afán de revolucionario se embota cuando las tareas más apremiantes se ven realizadas a escala local y se olvida del internacionalismo proletario, la revolución que dirige deja de ser una fuerza impulsora y se sume en una cómoda modorra, aprovechada por nuestro enemigo irreconciliable, el imperialismo, que gana terreno. El internacionalismo proletario es un deber pero también es una necesidad revolucionaria. Así educamos a nuestro pueblo.

Los peligros que acechan

Claro que hay peligros presentes en las actuales circunstancias. No sólo el del dogmatismo, no sólo el de congelar las relaciones con las masas en medio de la gran tarea; también existe el peligro de las debilidades en que se puede caer. Si un hombre piensa que, para dedicar su vida entera a la revolución, no puede distraer su mente por la preocupación de que a un hijo le falte determinado producto, que los zapatos de sus niños estén rotos, que su familia carezca de determinado bien necesario, bajo este razonamiento deja infiltrarse los gérmenes de la futura corrupción.

En nuestro caso, hemos mantenido que nuestros hijos deben tener y carecer de lo que tienen y de lo que carecen los hijos del hombre común; y nuestra familia debe comprenderlo y luchar por ello. La revolución se hace a través del hombre pero el hombre tiene que forjar día a día su espíritu revolucionario.

Así vamos marchando. A la cabeza de la inmensa columna —no nos avengüenza ni nos intimida el decirlo— va Fidel, después los mejores cuadros del Partido, e inmediatamente, tan cerca que se siente su enorme fuerza, va el pueblo en su conjunto; sólida armazón de individualidades que caminan hacia un fin común; individuos que han alcanzado la conciencia de lo que es necesario hacer; hombres que luchan por salir del reino de la necesidad y entrar al de la libertad.

Esa inmensa muchedumbre se ordena; su orden responde

a la conciencia de la necesidad del mismo; ya no es fuerza dispersa, divisible en miles de fracciones disparadas al espacio como fragmentos de granada, tratando de alcanzar por cualquier medio, en lucha reñida con sus iguales, una posición, algo que permita apoyo frente al futuro incierto.

Sabemos que hay sacrificios delante nuestro y que debemos pagar un precio por el hecho heroico de constituir una vanguardia como nación. Nosotros, dirigentes, sabemos que tenemos que pagar un precio por tener derecho a decir que estamos a la cabeza del pueblo que está a la cabeza de América. Todos y cada uno cabeza de América. Todos y cada uno cuota de sacrificio, conscientes de recibir el premio en la satisfacción del deber cumplido, conscientes de avanzar con todos hacia el hombre nuevo que se vislumbra en el horizonte.

Algunas conclusiones

Permitaseme intentar unas conclusiones:

Nosotros, socialistas, somos más libres porque somos plenos; somos más plenos por ser más libres.

El esqueleto de nuestra libertad completa está formado, falta la sustancia protéica y el ropaje; los crearemos.

Nuestra libertad y su sostén cotidiano tienen color de sangre y están henchidos de sacrificio.

Nuestro sacrificio es consciente; cuota para pagar la libertad que construimos.

El camino es largo y desconocido en parte; conocemos nuestras limitaciones. Haremos el hombre del siglo XXI; nosotros mismos.

Nos forjaremos en la acción cotidiana, creando un hombre nuevo con una nueva técnica.

La personalidad juega el papel de movilización y dirección en cuanto encarna las más altas virtudes y aspiraciones del pueblo y no se separa de la ruta.

Quien abre el camino es el grupo de vanguardia, los mejores entre los buenos, el Partido.

La arcilla fundamental de nuestra obra es la juventud; en ella depositamos nuestra esperanza y la preparamos para tomar de nuestras manos la bandera.

Si esta carta balbuceante aclara algo, ha cumplido el objetivo con que la mando.

Reciba nuestro saludo ritual, como un apretón de manos o un "Ave María Purísima".

Patria o muerte!!

DOS PROBLEMAS BASICOS EN LA REVOLUCION LATINOAMERICANA

Ramón Collar

A partir de la revolución cubana, Latinoamérica ha ingresado, irreversiblemente, en un período revolucionario. Esto es ahora claro para todos los bandos en conflicto. Sin embargo, el proceso no ha hecho sino comenzar y, por esta razón en parte, sus tendencias y formas concretas de desarrollo en adelante, no son todavía visualizables con la claridad necesaria. Un grado bastante notable de confusión es inevitable en estas circunstancias, y muchos de sus problemas fundamentales no solamente no han sido aun esclarecidos, sino que no han sido siquiera planteados dentro del contexto nuevo producido por la revolución cubana triunfante y la iniciación de las guerrillas en varios países, sumadas a la disputa chino-rusa y a las nuevas tendencias del imperialismo norteamericano, expresadas en la guerra del Viet-Nam y la invasión de Santo Domingo.

Es, pues, indispensable, ahora, reclamar con toda energía la puesta en marcha de un nuevo modo de trabajo revolucionario, en cada uno de sus aspectos. El replanteamiento constante de las concepciones acerca de la sociedad en que se vive, en tanto que está moviéndose y cambiando a una velocidad superior a todas las etapas pasadas; el replanteamiento de todos los esquemas efectivos de lucha creados antes, dentro de la misma sociedad, y de todos los que provienen desde sociedades con revoluciones triunfantes, puesto que se trabaja en una realidad sin duda diferente, aunque no fuera más que en sus elementos concretos; la ligazón constante entre la elaboración teórico-política de una realidad y la actividad práctica diaria, puesto que el empirismo ciego y el pragmatismo revolucionario, no pueden conducirnos ya más lejos; la defensa de una completa autonomía política, dentro de la necesaria interdependencia entre los movimientos revolucionarios del mundo,

porque ninguna dirección extranjera puede realmente reclamar derecho a la conducción de la revolución en ningún país, por encima de las propias direcciones nacionales, a menos que se pretenda una suerte de minoría de edad de los habitantes de otros países. La asesoría y la ayuda indispensable por parte de direcciones políticas de fuera, cuya experiencia y madurez mayor puede ser reconocida sin temores, no sustituye la necesidad de la decisión última en manos nacionales o regionales, y no debe ser objeto de negociación para la ayuda.

Todo esto es, indudablemente, motivo de creciente preocupación en los movimientos revolucionarios latinoamericanos, y el desarrollo y difusión de esta conciencia son probablemente rasgos característicos del surgimiento de lo que comienza a denominarse nueva izquierda revolucionaria, por oposición a los movimientos que nacidos y desarrollados bajo circunstancias anteriores, no han tenido la capacidad de hacerse cargo de los nuevos elementos que integran un contexto y una perspectiva histórica diferente, y reordenar su experiencia en vista de ellos.

Esta nueva izquierda latinoamericana es todavía incipiente y débil y, en muchos países donde existen poderosas organizaciones de la izquierda tradicional revolucionaria, comienzan a existir apenas como derivaciones del creciente descontento y desconcierto de la juventud revolucionaria, principalmente. Este hecho produce, también, vicios típicos de movimientos revolucionarios en esta fase, la polarización extrema de las posiciones teóricas y tácticas, la simplista negación de las posibilidades y las potencialidades de las masas y direcciones agrupadas bajo la conducción tradicional, dificultando su propia capacidad de penetración entre las masas y creciendo limitadamente en los sectores marginales de las masas, que constituyen el único vehículo de la movilización revolucionaria; cierto grado de confusión entre las masas y las direcciones tradicionales, y una generalizada soberbia de la absoluta validez de sus propias posiciones, frente al grado limitado e irregular del nivel de politización revolucionaria de las masas mismas.

La nueva Izquierda Revolucionaria de Latinoamérica, movimiento joven que es, en lo fundamental, el resultado de la catarsis creada por la revolución cubana, y la rutinización de los movimientos tradicionales de la izquierda revolucionaria, no podrá realmente desarrollarse hasta convertirse en una genuina alternativa de dirección revolucionaria, para las masas que presionan ahora con violencia sobre la vieja estructura de la sociedad, ni hasta el punto de forzar a las direcciones tradicionales a moverse en el sentido de la dirección correcta, si no tiene la energía y la inteligencia necesaria para evitar el estrecho paso entre Caribdis y Escila: de una parte un aisla-

miento de las masas que dependen de las direcciones tradicionales, que no variarán su conducta sino a través de costosas experiencias empíricas, si se adoptan posiciones totalmente definidas, de un lado. La pérdida de la ayuda externa, necesaria absolutamente en la actualidad para toda movilización revolucionaria en gran escala, si se defiende con toda energía la autonomía política de la dirección nacional frente a las presiones que los centros de poder revolucionario triunfante ejercen, para la adopción sin más de concepciones estratégicas derivadas de su particular experiencia, de otro lado. La nueva izquierda revolucionaria latinoamericana, deberá enfrentar con toda conciencia esta problemática, y saber gobernar su nave con flexibilidad y con inteligencia.

Desde luego, la flexibilidad y la inteligencia no son un don divino, ni dependen, sino en muy pequeña parte, de la calidad de los individuos que, en un momento determinado, tienen el timón del movimiento. Por encima de todos los factores, la posesión de ideas claras acerca de los problemas básicos, supuesta la voluntad abierta de hacer la revolución, es la condición sine qua non para poder encontrar en cada momento las medidas concretas en la práctica diaria, para calcular los límites de la flexibilidad pragmática y avizorar sus consecuencias sobre el destino del movimiento. Hay algún ejemplo mayor de flexibilidad pragmática en la conducción política que la de Lenin? Hay alguien que tuviera una mayor seguridad teórica sobre el carácter de su revolución y sobre las fuerzas actuantes? La inflexibilidad leniniana en los principios, y su increíble soltura en el pragmatismo, son una necesaria interdependencia, que no se explican únicamente por el genio del hombre, y que las direcciones revolucionarias nuevas deberán aprender a cultivar y a desarrollar.

Pero éste es, precisamente, el problema. Hasta ahora, la flexibilidad pragmática y la claridad de ideas y de objetivos concretos, sigue siendo patrimonio de los movimientos revolucionarios tradicionales, que en su generalidad dependen políticamente de direcciones de centros de poder extranjeros. El problema es que esas ideas y esos objetivos claros, aparecen como cada vez menos adecuados a las necesidades del desarrollo de la revolución latinoamericana. Entre tanto, la izquierda revolucionaria nueva, o desemboca en una suerte de pragmatismo que ninguna concepción teórica importante guía, o en una inflexibilidad pragmática acompañada de una difusa, amorfa y poco clara concepción teórica.

El carácter de la revolución latinoamericana, el camino estratégico más adecuado, los medios tácticos para instrumentarlo, el tipo de organización del movimiento revolucionario, la

participación y la clase y forma de participación de los diversos sectores de interés social en cada momento del desarrollo del proceso revolucionario, las formas y la naturaleza de la interdependencia entre los movimientos nacionales de latinoamérica y entre éstos y los centros de poder revolucionario externos, por una parte, y las tendencias y factores del proceso de cambio de nuestras sociedades nacionales, las cambiantes formas de su relación con el imperialismo, los problemas económico-sociales y culturales que corresponden a cada situación nacional y para cuya solución tienen que pensarse y ensayarse después medios adecuados, de otra parte, son algunos de los problemas fundamentales que deberá estudiar y replantear sin cesar la nueva izquierda revolucionaria, tanto como los sectores descontentos de la propia izquierda revolucionaria tradicional, si la revolución debe desarrollarse y tener éxito. No obstante, es claro que estos problemas apenas comienzan a ser abordados.

Mientras eran vigentes los esquemas tradicionales, parecía que todo ello estaba ya esclarecido y que lo único que había que hacer era desarrollar la máxima actividad práctica, para todo un amplio sector de los militantes de los movimientos revolucionarios. Aún hoy día, todavía es posible escuchar entre algunas gentes, que de teoría ya tenemos bastante, y que hace falta el trabajo práctico, confundiendo obviamente los diversos niveles del trabajo de elaboración teórica.

Quizás puede admitirse que dada la desesperada urgencia de nuestros problemas, la presión ya desbordante de las masas, la sensación de que los problemas nos sobrepasan y que la realidad está demasiado lejos delante en relación a nuestra capacidad de comprenderlos racional y sistemáticamente, la tarea de elaboración teórica en su nivel filosófico o histórico-filosófico, tenga que ser postergada o reducida a un plano secundario. Lo que no puede admitirse, por el contrario, es la falta de elaboración teórico-política, al mismo tiempo que la actividad práctica cotidiana. Los fines generales de la revolución de nuestro tiempo pueden, en general, estar más o menos claros; la necesidad misma de la revolución como única salida, ya no sólo para dotar a la historia humana de un sentido más alto, sino para remediar las necesidades más primarias de las masas populares en el mundo subdesarrollado, es evidente, fuera de toda duda para nosotros.

Es, en este momento, igualmente claro, alguno de los problemas enumerados antes? Es posible avanzar el proceso hasta un nuevo nivel, sin su esclarecimiento? Cómo puede, en ese caso, eludirse la necesidad de un serio y constante esfuerzo de teorización político-revolucionaria de los problemas de la so-

ciudad latinoamericana, en cada país, y los problemas que se derivan de ellos para el desarrollo de la revolución?

Debe quedar enteramente claro, desde la partida, que este esfuerzo de construcción y de reconstrucción de nuestra concepción acerca de cada una de nuestras sociedades, y de los problemas estratégicos y técnicos de la revolución en cada caso, tiene que hacerse no como algo posible de hacer una vez, o hacerlo esporádicamente como vacación momentánea de la lucha práctica diaria. Si el esfuerzo ha de tener sentido, tendrá que ser un trabajo constante, y sobre todo, sistemático. Es decir, como un intento de organizar un cuadro de conjunto de los problemas, dentro del cual cada uno ocupe su lugar propio. Y como esquema matriz, guía, cuyo carácter de esquema-guía se presupone, que no se elabora como sustituto de la realidad, que no impide el carácter creador de la acción revolucionaria.

Este es el marco de referencia que justifica y limita, el abordaje aproximativo que aquí se presenta, como alimento de debate antes que nada, de dos de los mayores problemas de la revolución latinoamericana, cuya estrecha interdependencia quedará clara en el desarrollo de su planteamiento: 1) el problema de la continentalidad de la revolución latinoamericana y 2) el problema de la participación de los sectores de interés social revolucionario en este proceso.

La continentalidad de la revolución latinoamericana.

Ya está bastante difundida hoy día, la idea de que el proceso de la revolución latinoamericana, debe ser enfocado en escala continental. La idea es ya, de hecho, un tópico en la discusión de la izquierda de la región.

Lo que no es claro, sin embargo, en esta idea es lo que implica realmente. Varias son las posibilidades:

a) Tiene que haber una revolución en todos y cada uno de estos países por separado, para que pueda hablarse de una revolución continental?

b) O es que para la estabilidad del tiempo de la revolución en algún país, debe expandirse el proceso a unos pocos países más en el Continente, aunque no sean todos los países los que tengan que hacer su revolución?

c) O debe considerarse el conjunto de los países latinoamericanos como un todo y planificarse su revolución desde el punto de vista del todo?

Es claro, desde el primer momento, que cada modo de entender el problema implica objetivos y tareas diferentes, aunque todos pueden estar interrelacionados.

Si se trata de lo primero, el enfoque continentalista supone sobre todo un objetivo y un trabajo de coordinación entre los movimientos revolucionarios nacionales, con vistas al éxito en cada país, en sucesivos momentos. Si se trata de lo segundo, lo más importante parece consistir en el apoyo aislado a tal o cual movimiento revolucionario activo, para ayudarlo a conseguir el mayor desarrollo posible y, eventualmente el éxito. Si es lo tercero, el problema es sustantivamente diferente. Ello supone pensar a la región como un contexto global, para el cual es necesaria una planificación global del proceso, al margen de los deseos de revolución en cada país por separado.

Obviamente, entre los varios aspectos del problema no existen barreras infranqueables, y existe la posibilidad de incorporarlos a un único cuadro en diversos niveles. Pero, en cada caso, esta interrelación tiene que resultar de cada punto de vista fundamental.

No se puede, en los límites de un artículo, explorar totalmente las implicaciones teóricas y prácticas de cada punto de vista. Nos reduciremos a hacer algunas pocas observaciones, para plantear el problema.

1.— Después del triunfo de la revolución cubana, el imperialismo norteamericano y sus aliados dependientes en cada país, han desarrollado una experiencia fundamental: cada vez que se presente una coyuntura revolucionaria real o siquiera capaz de abrir las puertas a un proceso probable, debe aplicarse sobre el país en referencia todo el poder represivo de que dispone el imperialismo y sus agentes nacionales. Más todavía, toda posibilidad de revolución en cualquier lugar del mundo, fuera de Latinoamérica, en que el poder represivo nacional no baste, conlleva la inmediata acción represiva del imperialismo por su propia cuenta.

El primer caso se ilustra totalmente con la experiencia brasileña y dominicana, y el segundo, con Viet-Nam.

Dentro de un contexto histórico así, pensar en la posibilidad de nuevas revoluciones triunfantes en cada país, por separado, aparece redondamente como una utopía. Ya sea que se piense en la necesidad de que haya una revolución en cada uno de neutros países, o de que en alguno de ellos por el apoyo material importante desde fuera, pueda producirse eventualmente un triunfo revolucionario en la captura nacional del poder.

2.— Una visión simplista ha permitido que cuajara una idea no fundada en la experiencia histórica: la de que es necesaria

una revolución triunfante en cada país, para que se generalice un determinado régimen social en un período histórico, en una región determinada o en un conjunto de países. Si se considera, sin embargo, la experiencia hasta aquí, el resultado es distinto.

El proceso de expansión de la Sociedad burguesa y del liberalismo burgués en el orden político, cubrió el período que corre desde el siglo XVII hasta parte del siglo XX en Europa; pero sólo produjo dos revoluciones como tales: la revolución cromwelliana del siglo XVII, temprana y anticipada experiencia que no pudo tener todos sus frutos, y la revolución francesa de fines del siglo XVIII. Durante el siglo XIX y parte del XX, el régimen liberal burgués se impuso sobre toda Europa y otros países, a través de incesantes movimientos revolucionarios en cada uno de los países importantes, pero en ninguno de ellos los revolucionarios tomaron el poder y reconstruyeron a su medida la sociedad. No obstante, aun los países europeos donde nunca se produjo un proceso revolucionario importante, forman hoy día parte del régimen político-social burgués.

En los países europeos que ahora forman el área socialista, sólo dos países produjeron una revolución genuina, en tanto que movimientos políticos que conquistaran el poder desde dentro: Rusia y Yugoslavia. En los demás, la expansión de la economía estatal y de los regímenes políticos que la desarrollan, resultaron de la combinación de la influencia soviética y de la participación de los revolucionarios en el poder político organizado por la ocupación militar soviética.

Lo que se observa aquí, es: a) que la expansión de un determinado orden político-social no es necesariamente el resultado de revoluciones triunfantes en cada país en donde se establece el sistema; b) que el establecimiento del sistema es tanto más tardío e incompleto, cuanto menos movilización revolucionaria ejerzan las masas en la dirección del nuevo régimen. Es decir, para que un sistema social y político pueda establecerse con todas sus implicaciones, se precisa una revolución triunfante; pero no todos los países tienen la posibilidad de llevar a cabo una revolución para conseguirlo.

No se puede pretender, en ningún modo, que lo que fue cierto en una sociedad y una época histórica determinada, sea igualmente válido en otra sociedad y en otra época. Sobre todo, en cada país los revolucionarios tienen que desarrollar al máximo sus esfuerzos, cualesquiera que sean las perspectivas y los resultados. La historia no es un proceso externo a la conducta humana; es esta misma.

3.—La etapa actual de la historia latinoamericana, puede ser visualizada usando una imagen analógica, cuyo uso no implica de ningún modo otra finalidad que la visualización de la naturaleza del problema: 1966 se parece bastante a 1814: el proceso de emancipación generando por todas partes erupciones insurreccionales en forma de guerrillas; el descontento generalizado en la mayoría de los sectores de la población; el desconcierto tomando cuerpo en las capas usufructuarias del orden colonial, y exigiendo negociaciones en vez de la pura obediencia, chantajeando aquí y allá con el descontento popular al sistema dominante; uno que otro foco revolucionario ya avanzado o triunfante, apoyando las rebeldías de todas las divisiones administrativas que operaban como fronteras nacionales; una ciudadanía continental emergente, con la participación de revolucionarios de unos países en otros. Y, característicamente, los movimientos nacionales separados, en un proceso incipiente de coordinación que, por el momento consistía sobre todo en la comunicación y la ayuda separada.

Lo que básicamente distingue a ambos procesos (el de 1814 del de 1966), son dos elementos: a) el carácter, en general, no revolucionario del anterior, y por eso, la factibilidad de la participación efectiva de las capas dominantes más descontentas en el proceso; b) la incapacidad económica y técnica del poder extracontinental dominante, de ubicar su poder represivo con la rapidez y la potencia necesarias para impedir el triunfo separado de algunos procesos nacionales.

4.—Hoy día, por el contrario, la lucha por la emancipación económica de nuestros países, toma la forma de un proceso revolucionario, porque para llevar a cabo el objetivo inicial es necesario destruir no solamente los lazos de dependencia, sino también los lazos de dominación social interna.

La posibilidad de participación de las capas sociales usufructuarias de la situación actual —llámese como se llamen: oligarquías, burguesías— no puede ir más allá de un chantaje al imperialismo con el descontento de las masas, para obligarlo a cederles mayores utilidades en la sociedad de negocios.

Su participación positiva en el proceso revolucionario como tal, pudo ser posible en algún período inicial de la revolución cubana, gracias a la ambigüedad y a la indefinición política del proceso al comienzo, que permitió inclusive, el apoyo de algunos sectores políticos norteamericanos, de agentes imperialistas como Betancourt, Figueres, Muñoz Marín y Haya de la Torre, y aún de la burguesía cubana y de la Iglesia local.

Después de la experiencia cubana, tanto el imperialismo como sus socios dependientes latinoamericanos, han aprendido muy bien la lección: la prueba del Brasil y de Santo Domingo, es demasiado evidente. Especialmente en este último lugar, la explicación no puede incluir para nada la tradición golpista de los ejércitos nacionales. Allí un intento algo profundo de democratización política, apoyando a un líder que como Bosch no podía llevar muy lejos el proceso, fue ferozmente reprimido en forma directa por el poder imperialista, y produjo la colaboración de los socios de otros países.

Es decir, el imperialismo reconoce por este hecho, que en Latinoamérica no queda ningún margen para el juego "democrático", y que toda movilización popular será totalmente reprimida, apenas se vislumbre alguna posibilidad de profundización del juego.

5.—Estas experiencias indican que toda ilusión acerca de alguna revolución nacional triunfante, antes de que el imperialismo haya sido totalmente vencido o por lo menos seriamente reducido en su capacidad represiva, debe ser descartada.

6.—Las mismas experiencias indican que la aglutinación de todas las fuerzas represivas del imperialismo con la de sus socios nacionales, bajo cualquier nombre, es absolutamente inevitable frente a cualquier amenaza seria. La formación de la Fuerza Interamericana es un hecho, cualquiera que sea la reticencia formal de algunos, cada vez menos, gobiernos burgueses latinoamericanos.

7.—En esas condiciones, la mínima posibilidad de participación de las clases dominantes, aún en los países aparentemente más independientes políticamente del imperialismo, en el proceso de enfrentamiento con el imperialismo, es una utopía reaccionaria elaborada para enlentecer el proceso y favorecer la permanencia de los privilegios de algunas camarillas dirigentes enquistadas en los movimientos revolucionarios, que tratan de que su digestión no sea perturbada, mientras se hacen la torpe ilusión de una vida "heróica" en la lucha parlamentaria, bajo las reglas del juego del enemigo.

8.—Todo enfrentamiento interno de clase, en cualquiera de nuestros países, es automáticamente un enfrentamiento con el poder represivo del imperialismo, no sólo por implicación, sino directamente. Recíprocamente, todo enfrentamiento nacional contra el imperialismo es un enfrentamiento interno de clase.

9.— Toda posibilidad de "liberación nacional" del imperialismo sólo puede surgir de la profundización del enfrentamiento abierto de clase, y que toda derrota interna de las clases dominantes, sólo puede ser, en última instancia, consecuencia de la derrota directa, militar, del imperialismo.

10.— Mientras un enfrentamiento interno de clase era posible sin la intervención directa del poder represivo del imperialismo, el triunfo de una revolución nacional era posible. Mientras las clases dominantes de cualquier país tuvieran alguna posibilidad de salir beneficiadas de un enfrentamiento con el imperialismo, su participación en algún nivel era posible: el "peronismo" fue su mayor ejemplo. Después de la experiencia dominicana lo primero es una ilusión nociva y reaccionaria; después de Brasil, lo segundo es aún mucho peor.

La lucha antimperialista es sinónimo de revolución, como la revolución es sinónimo de antimperialismo, para siempre. Las políticas de algunas organizaciones revolucionarias tradicionales, de presionar sobre algunos gobiernos presuntamente centristas para profundizar el proceso de emancipación política o económica del imperialismo, es una trampa, que hace el juego del enemigo de clase.

11.— La experiencia dominicana, por otra parte, pone de relieve un otro factor significativo: que la fuerza represiva actual del imperialismo, puede detener el triunfo total en un momento, éxito revolucionario total. Ello podría hacer pensar que la tendencia de movilización revolucionaria no-electoral, sino insurreccional guerrillas, huelgas insurreccionales, alzamientos urbanos masivos, etc.), es imposible o inconducente.

Sin embargo, la experiencia dominicana demuestra también que todo el poder represivo del más potente aparato militar del imperialismo, puede detener el triunfo total en un momento, pero no es bastante para hacer volver el proceso a su nivel anterior: los revolucionarios dominicanos quedan armados, la conciencia de las masas modificada para siempre, clarificados los objetivos, y fortalecidas las organizaciones. Conste que se trata de Santo Domingo y no de Viet-Nam, país éste donde los revolucionarios reciben el apoyo material, político, técnico de un país vecino y de las potencias revolucionarias más grandes del mundo.

Es decir, puede hablarse de una fuerza táctica del imperialismo, su capacidad de impedir el acceso al poder en una coyuntura nacional separada; pero su completa debilidad estratégica, porque su misma acción exitosa, permite la profundización y la ampliación del proceso; es decir, su derrota inevitable a largo plazo en un contexto de lucha más amplio.

12.— Qué debe, pues, significar la idea de plantear la revolución latinoamericana desde un punto de vista continental?

La respuesta podemos buscarla contestando a otra pregunta: ¿Qué pasaría si todo el poder de los revolucionarios latinoamericanos se volcara sobre Santo Domingo?: Viet-Nam. ¿Sería posible el mantenimiento de un Viet-Nam en el marco de un país como Santo Domingo, para los revolucionarios? No probablemente. Por el momento, ello supone la necesidad de ampliar el marco del proceso revolucionario. O sea, extender la posibilidad dominicana a más países.

Esta respuesta ya la han encontrado todos los movimientos revolucionarios de Latinoamérica. Pero de un modo particular, usando dos modelos combinados: la coordinación de las actuales movilizaciones nacionales, donde las haya, y apoyando a cada una de ellas separadamente.

No obstante, con toda la importancia decisiva que este paso incipiente tiene, idea de la continentalidad de la lucha revolucionaria no ha producido aún todas sus implicaciones.

De la misma manera como la guerra de la emancipación colonial, no fué posible sino por la unificación, no solo la coordinación, de todos los esfuerzos nacionales separados, en un programa continental conjunto, el desarrollo efectivo de las posibilidades revolucionarias, en un contexto histórico donde la capacidad económica y técnica del aparato represivo imperialista más poderoso, y se fortalece aún más por la alianza de las clases dominantes, de manera diferente a como ocurrió en la emancipación; de la misma manera, y por mayores motivos, la movilización revolucionaria latinoamericana, debe ser planeada, en adelante, de manera global y sistemáticamente, preparada para todo un período histórico, y para hacer frente a la época más violenta de la historia de nuestras sociedades.

Lo que ello implica es mucho más que la coordinación de los esfuerzos nacionales separados, y el apoyo material y político a los movimientos más avanzados o más promisoros. Básicamente, la continentalidad de la lucha revolucionaria obligará ahora o más tarde —y cuanto más pronto mejor— a diseñar un cuadro estratégico por encima de las fronteras, y en contra de ellas.

El proceso de coordinación y de unificación de las fuerzas represivas contrarrevolucionarias, en una Fuerza Interamericana, apoyada por cada país, no puede dejar de ser enfrentado con la organización de una Fuerza Revolucionaria Latinoamericana, alimentada por la participación de los movimientos y militantes revolucionarios, ya no solamente dentro de cada uno de sus países, sino tomando como escenario de lucha, un

territorio que cada vez menos incluirá las fronteras políticas nacionales.

Para que ello sea posible, el problema consiste en saber en qué áreas, en que momento, puede y debe comenzar esta unificación. La respuesta no puede surgir sino de un análisis intenso y minucioso de las posibilidades de cada país o bloque de países, para servir de contexto inmediato de actuación. Es decir, es indispensable decidir cuáles de nuestros países, en tanto que contienen tales o cuales formas sociales y problemas y potencialidades correspondientes, tienen en cada momento la posibilidad de servir como focos básicos, como matrices del trabajo revolucionario.

De la misma manera como un jugador de ajedrez organiza sus piezas, de tal manera que puedan ser aprovechadas al máximo cada una de las zonas menos defendidas del enemigo, la planificación latinoamericana de la revolución debe partir por averiguar y seleccionar las sociedades o conjuntos de países más susceptibles de admitir una más rápida y consistente movilización de las fuerzas revolucionarias.

Ciertos países pueden ser considerados estratégicos, como puntos de robustecimiento y de apoyo total del proceso de organización y de movilización de las masas. En ese caso, es necesario concentrar en esos países el grueso de las posibilidades de todo orden de que disponen los movimientos de los demás países. No basta el apoyo material o político separado; es indispensable que en cada caso, la acción sea el resultado de una decisión planificada en relación a las posibilidades de cada país, en cada momento.

En el proceso de expansión de la revolución —en el sentido de generalización de la conducta de las masas y su participación militante en la lucha, y no en el sentido de revoluciones triunfantes, poco posibles antes de la derrota parcial o total del imperialismo a nivel continental— estos focos estratégicos incluirán a más países, y la lucha final no podrá dejar de ser el enfrentamiento de todas las fuerzas de uno y de otro bando al mismo tiempo, en una larga guerra, en que se pondrán a prueba todas las posibilidades de violencia de la historia.

La selección de áreas estratégicas donde concentrar, según las fases de cada período del proceso global, los esfuerzos combinados y planificados de las fuerzas revolucionarias latinoamericanas, tiene el sentido de desatar y desarrollar la insurrección hasta sus mayores niveles posibles, y tener la posibilidad de un marco demográfico, económico, social, más amplio y más fácil de mantener y defender en el proceso inevitable de una nueva Viet-Nam en Latinoamérica, que no po-

drá sino resultar en una ampliación continental de la lucha, de la misma manera que la guerra de Viet-Nam, si se mantiene la presión imperialista, ya está conduciendo a la inclusión de todo el sudeste asiático, en la lucha revolucionaria. Cada emergencia revolucionaria nacional en adelante será inevitablemente contestada, apenas el poder nacional se vea seriamente amenazado, por la aplicación de la Fuerza Interamericana surgida en Santo Domingo. Los revolucionarios de toda latinoamérica deben estar preparados para hacer algo más que tumultos callejeros de protesta y discursos parlamentarios indignados. Sin que todo eso falte, tendrán que estar presentes en la lucha directa allí donde se desarrolle.

Todo ello requiere de un esfuerzo de coordinación, primero, de unificación planificada después, de los movimientos cuya voluntad de lucha es efectiva, cualesquiera que sean sus diferencias nacionales. Esa tarea de coordinación y de unificación después, implica una organización revolucionaria continental, para cuya formación y desarrollo, un proceso abierto de discusión y de comunicación, de reuniones, de organización, debe ser iniciado.

Esta tarea no puede dejarse en manos de los centros de poder revolucionario ya establecidos, ya sea dentro o fuera de Latinoamérica. Sin su ayuda y su participación la lucha sería más difícil; pero habría que hacerla de todos modos. La ayuda, sin embargo, no puede significar el control del proceso, por encima de las direcciones unificadas de los países. Es justo que su mayor experiencia y sus posibilidades de consejo, ayuda y participación directa les den un lugar importante en la planificación de una estrategia global. No es correcto, sin embargo, y no por chauvinismo, que la dirección estratégica total esté bajo su control, so pena de distorsionar seriamente el proceso, a nivel de cada contexto histórico-social concreto, como resulta de la experiencia de algunas de las luchas guerrilleras que se llevan a cabo.

La participación y el modo de participación de los sectores sociales dominados, en el proceso, de la revolución.— El problema a partir de aquí, es el modo de participación de las diversas clases sociales en la lucha revolucionaria. En el contexto latinoamericano actual, ello dependerá fundamentalmente de los centros o focos estratégicos de movilización revolucionaria en cada periodo.

En los últimos años, como resultado de la experiencia china de un lado y de la revolución cubana del otro, se han difundido modelos de movilización revolucionaria que implican toda una concepción de la dinámica de clases existente en el proceso revolucionario.

La posición china, enfatiza el carácter no-urbano del proceso revolucionario en los países dependientes o semi-coloniales, a diferencia del proceso que siguió la revolución rusa, que ocurrió dentro de una sociedad imperialista, y del probable proceso que ocurrirá más tarde o más temprano en las actuales sociedades industrializadas e imperialistas. Desde ese punto de vista, como sostiene Lin Piao ("Viva la victoria en la Guerra del Pueblo", Peking Review, septiembre 3, pp. 9-30): "Debe destacarse que la teoría del camarada Mao Tze Tung sobre el establecimiento de las áreas rurales de base revolucionaria y el asedio de las ciudades desde el campo, es de importancia práctica sobresaliente y universal para las actuales luchas revolucionarias de las naciones y los pueblos oprimidos de Asia, Africa y América Latina, contra el imperialismo y sus lacayos.

"Muchos países y pueblos de Asia, Africa y América Latina están hoy sometidos a la agresión y la esclavitud en gran escala por parte de los imperialistas encabezados por los Estados Unidos y sus lacayos. Las condiciones políticas y económicas básicas de muchos de estos países ofrecen numerosas similitudes con las que prevalecían en la vieja China. Como en China, la cuestión campesina cobra extrema importancia en esas regiones. El campo, y sólo el campo puede proveer áreas extensas para que los revolucionarios puedan maniobrar libremente. El campo y sólo el campo, puede aportar las bases revolucionarias a partir de las cuales los revolucionarios podrán avanzar hasta la victoria final".

Tomada en sus términos generales, la posición de los teóricos chinos, rescata sin duda una buena parte de la experiencia de las revoluciones contemporáneas. Más es preciso examinar eso con alguna más atención. En la etapa actual de las movilizaciones revolucionarias, la revolución cubana presenta, en efecto, mucho del asedio a las ciudades desde el campo. Sin embargo, la experiencia dominicana sugiere una posibilidad distinta, pues allí la lucha se produjo como una insurrección popular urbana que sólo la represión directa del imperialismo impidió triunfar.

La experiencia dominicana muestra que los esquemas generales no son necesariamente válidos para todas las condiciones concretas en cada país, o grupo de países. De allí se desprende, como conclusión obligada, que el tipo de participación de las poblaciones urbanas y rurales, y de las clases sociales que les son inherentes, en el proceso de la revolución, depende, en primer término, del contexto histórico-social concreto que corresponda a cada país dentro del mundo semi-colonial o dependiente.

Los países latinoamericanos son todos dependientes del imperialismo norteamericano. Sin embargo, ni es el mismo

grado de dependencia el que corresponde a cada uno de los países, ni en cada uno de ellos habita una misma estructura económica-social. Pléñese, por ejemplo, en las diferencias respecto del tipo de sociedad que constituyen Argentina y Uruguay, frente al que caracteriza a los países que viven en el mundo andino y dentro de éste, en las significativas que existen entre el Perú y el Ecuador.

Dadas las condiciones efectivas de la sociedad argentina, es poco probable que el campesinado tomará realmente una participación del mismo tipo que la del campesinado peruano, en el proceso de la revolución. Mientras que en este país con toda certeza, en este momento la fuerza motriz, de la guerra revolucionaria no puede provenir de las ciudades, sino del campo, en Argentina y los países que, en diferentes niveles, se le aproximen como sociedad concreta, la fuerza motriz directa de cualquier proceso revolucionario no puede provenir sino de la ciudad.

Es decir, en todos aquellos países dependientes donde las relaciones económicas y sociales en el campo hayan sobrepasado las formas primitivas de explotación, el proletariado y el pueblo urbano es, necesariamente, la fuerza impulsora de todo posible proceso revolucionario, mientras que en todas aquellas sociedades dependientes donde el campesinado está aún en larga parte sujeto a relaciones económico-sociales serenamente primitivas, el campesinado aparece como la principal fuerza social impulsora de los movimientos revolucionarios.

Quizás el más acusado índice de esta realidad, es la existencia actual de los movimientos campesinos contemporáneos de Latinoamérica, sobre cuya existencia se fundan las incipientes guerrillas más combativas. Tales movimientos no se han producido ni en países como Argentina, Uruguay o Chile, ni en países como Ecuador. Existen en cambio, en todos aquellos países como el Perú, Brasil, Colombia y Bolivia, en los cuales, por caminos y factores diferentes, la sociedad ha alcanzado un cierto grado de modernización incipiente, el aislamiento social y cultural entre el campo y la ciudad se ha reducido notablemente, en tanto que la estructura económico-social de las zonas rurales sigue conteniendo tremendas supervivencias de las formas más tradicionales de explotación. Una combinación de sociedades con algunas tendencias modernizantes, y un campesinado con situación de explotación enteramente tradicional o capitalista primitivo, han dado como resultado las situaciones revolucionarias más explosivas de los últimos tiempos en el continente sudamericano.

De todo esto, podría desprenderse, sin demasiado riesgo de

error, que las zonas más estratégicamente revolucionarias de la región, en este momento, son justamente las que forman estos grupos de países, con las condiciones anotadas, a las que iránse agregando, sin tardar mucho, los países donde el campesinado sigue tan sujeto a una actitud sumisa. Nada indica, sin embargo, que conforme avance la marea revolucionaria en la región, los países con características económico-sociales predominantemente urbanas como en Argentina y otros países parecidos, no entrarán inmediatamente en los focos mayores de revolución. Las relaciones de interdependencia entre los países latinoamericanos, cualesquiera sean sus diferencias concretas, son demasiado estrechas como para que algún país, especialmente los que se encuentran en los bordes de los actuales focos estratégicos, pueda quedar sin ser afectado seriamente.

Qué sucedería en Chile si la movilización revolucionaria en el Perú tuviera un desarrollo importante? O en Argentina, si Brasil entrara en la agitación revolucionaria generalizada?

Si bien parece cierto, en consecuencia, que los focos revolucionarios estratégicos de los primeros períodos de la generalización revolucionaria en un grupo de países interdependientes, aparecen en las sociedades con situación explosiva en la población campesina, debe tenerse en cuenta que el desarrollo del proceso y su inevitable generalización ha de poner en marcha a las poblaciones urbanas de trabajadores tanto en las sociedades urbanizadas, como en los propios países semiurbanos.

La revolución ciertamente está comenzando en Latinoamérica en el campo, principalmente, a pesar de la experiencia dominicana, y en este período el campesinado cumple el papel más importante. Pero la revolución no puede desarrollarse realmente, en ninguna sociedad, si en las fases posteriores de la emergencia revolucionaria no se consigue la participación activa de las masas de trabajadores urbanos.

Pero no es ésta, solamente, la forma posible de participación de las poblaciones urbanas latinoamericanas, en la etapa presente de la movilización revolucionaria. En todas las sociedades nacionales, donde ya existen corrientes abiertas de guerra revolucionaria, la participación de amplias capas de la población estudiantil urbana tiene cada día una mayor importancia, particularmente si se recuerda que la práctica totalidad del liderazgo de los actuales movimientos insurreccionales en la región han sido conducidas o son conducidas por ex-líderes de los movimientos estudiantiles urbanos.

Esta participación activa de la población estudiantil urbana, se debe fundamentalmente a la creciente participación de las bajas capas de la población de clase media urbana, en el uso de la educación como un canal de ascenso social, al mismo tiempo que las posibilidades de ascenso social efectivo son cada día más y más reducidas, a medida que se deteriora sin cesar la estructura económica de estas sociedades. De ese modo, la politización revolucionaria de la población estudiantil urbana, que en su inmensa mayoría pertenece a las capas bajas de la población urbana de clase media, en los países donde existen actualmente brotes insurreccionales, sea un proceso inevitable, que los revolucionarios conscientes deben cuidar de desarrollar y de organizar de la manera más sistemática posible.

Obviamente, para que todas estas situaciones y elementos del proceso social que conducen al aumento de las posibilidades revolucionarias en Latinoamérica, puedan ser conocidas y utilizadas de manera adecuada, es indispensable despertar en el liderazgo revolucionario el afán de investigar y de seguir constantemente las modificaciones moleculares de su propia sociedad, elaborarlas políticamente e incorporarlas a una concepción sistemáticamente organizada.

Sin pensamiento revolucionario, sin teoría revolucionaria, machacaba Lenin, no hay acción revolucionaria efectiva y fructífera a largo plazo. No basta por lo tanto, conocer los lineamientos generales de la teoría general del socialismo revolucionario. La teoría revolucionaria para tener efectos políticos efectivos, cuenta en primer término con la capacidad de comprensión revolucionaria de la propia sociedad, y la capacidad de instrumentación revolucionaria de esa comprensión.

Ramón Collar

Santiago 17 de mayo de 1966.

LA COMUNA OBRERA Y LAS JUNTAS DE VECINOS

El presente artículo representa sólo las opiniones personales de su autor, Humberto Valenzuela, y lo reproduce "Estrategia" como un aporte a la discusión que en el interior del M.I.R. se realizará con motivo de su 29 Congreso Nacional.

PALABRAS INICIALES

La formación de las Juntas de Vecinos está siendo en estos momentos, motivo de una importante discusión en el seno de las organizaciones obreras, tanto políticas como sindicales, centros de madres y comités de pobladores.

Las opiniones están divididas, unos son partidarios de su formación y los otros son contrarios a ella. Con el objeto de contribuir a la clarificación de este problema es que me he decidido a elaborar el presente trabajo, teniendo en todo momento como divisa, los intereses de clase de las masas trabajadoras, su forma de lucha y la importancia de los movimientos de masas como el motor del proceso revolucionario.

LAS JUNTAS DE VECINOS Y EL GOBIERNO

Lo primero que hay que plantearse es ¿cuáles son los objetivos que persigue el Gobierno de la Democracia-cristiana con la formación de las Juntas de Vecinos, es dar en la forma que lo establece en su proyecto y sus modificaciones?

En primer lugar, lo que busca la Democracia-Cristiana con la formación de las Juntas de Vecinos, es dar a su gobierno un respaldo de masas, que vaya mucho más allá del que pueda darle su partido; pero nos equivocáramos si pensáramos que sólo se trata de darle un respaldo a su gobierno. Se trata también de establecer un control sobre la gran masa inorganizada, agrupándola en las Juntas de Vecinos, impidiendo de esta manera que caigan dentro de la órbita de los partidos obreros y fundamentalmente en la órbita del proceso revolucionario. Para ello, nada mejor que organizar esta gran masa, en Juntas de Vecinos dirigidas y controladas por la Democracia-Cristiana a través del Gobierno y de todo otro tipo de aparato que se cree con tal objeto. De esta manera, la Democracia-Cristiana, pretende concretar en los hechos, la disputa que mantiene con los partidos obreros y la CUT por el control del movimiento obrero.

Pero esto no es todo, además pretende utilizar a las Juntas de Vecinos, como un verdadero cinturón defensivo de la política económica y social de su gobierno y, a la vez, como fuerza de choque en contra de las luchas reivindicativas de los trabajadores que reclamen mejores condiciones de vida y de trabajo.

Todo lo que antecede no son afirmaciones antojadizas ni simples elucubraciones teóricas. Es la conclusión

a que se arriba partiendo del carácter burgues y capitalista del actual Gobierno y su partido que ya mostró su garrá reaccionaria y anti-obrera en los sucesos del mineral El Salvador, y que las seguirá mostrando en cada enfrentamiento con la clase trabajadora.

Los trabajadores no pueden dejarse impresionar por todo lo que se dice en la fundamentación del proyecto de marras. No es efectivo que se quiera incorporar a la gran masa de ciudadanos para asegurar "su libre y activa participación en la construcción de un orden social basado en la justicia y en el pleno ejercicio de los derechos ciudadanos en el desarrollo económico del país"; la prueba de ello está en las propias limitaciones y trabas que contiene el proyecto que comentamos.

Después de lo anterior, se podría suponer que lo lógico sería oponerse a la creación de las Juntas de Vecinos; pero en tal caso, resultaría más malo el remedio que la enfermedad.

Los trabajadores de vanguardia tenemos la obligación de aprovechar cualquier forma de organización de la clase trabajadora para impulsar desde adentro y desde afuera, no sólo sus luchas reivindicacionistas, sino lo que es fundamental, su lucha por la toma del Poder. Desde este punto de vista clasista, tenemos que empujar la organización de las Juntas de Vecinos, dándoles una estructura orgánica y programática, y tácticas de lucha en consonancia con los intereses de clase de los trabajadores.

Si en el desarrollo de esta línea clasista los trabajadores chocamos con el Gobierno y éste se opone a la actividad de las Juntas de Vecinos, porque éstas no enmarcan su línea de conducta dentro de lo que el Gobierno quiere, entonces los trabajadores podrán comprender con mayor claridad el carácter burgués y capitalista del mis-

mo y, en tal caso, acelerarán su experiencia despojándose de muchas ilusiones reformistas y burguesas y estarán más cerca de tomar el camino de la revolución socialista.

De acuerdo con esto, los trabajadores de vanguardia no pueden quedarse afuera de estos organismos, deben de ir adentro a disputarle la dirección y orientación de los mismos a la D. C.

AYER Y HOY

LOS SINDICATOS LEGALES Y LAS JUNTAS DE VECINOS

Cuando a mediados de la década de 1920 a 1930 se empezó a legislar sobre la sindicalización legal obligatoria, las organizaciones obreras de aquel entonces, vale decir P. C.; FOCH (Federación Obrera de Chile); CGT (Confederación General de Trabajadores); y la IWW, iniciaron una oposición sostenida en contra de tal iniciativa. Esta oposición tomó mayor incremento y dinamismo una vez que dicha Ley fué aprobada. Las organizaciones obreras mencionadas, no querían saber nada con los sindicatos legales y los combatían tenazmente. No sólo se oponían a su organización, sino que repudiaban y atacaban los sindicatos ya formados y a los obreros que en ellos militaban. Esta posición sectaria, tenía en cierto modo su justificación.

El joven movimiento obrero, agrupado en sus distintas organizaciones de aquel entonces, se había desarrollado sobre la base de la organización LIBRE—EN RESISTENCIA, actuando muchas veces en plena clandestinidad; eran los viejos tiempos en que el movimiento obrero tenía olor a POLVORA a través de la ACCION DIRECTA; eran los tiempos del camarada Luis Emilio Recabarren. De ahí entonces su oposición al LEGALISMO, al CON-

TROL de los Sindicatos por el Gobierno, a tener que enmarcar su actuación dentro de las disposiciones legales dictadas por el Parlamento burgés. Veían en ese cuerpo de disposiciones legales, un dique de contención, un freno paralizante en sus luchas reivindicativas.

Se podría sostener mirando la realidad actual del movimiento obrero, en que las luchas reivindicativas de las masas se desarrollan por lo general, dentro de los cauces del legalismo, sin desbordar sus barreras, que la posición sostenida en aquel entonces por el P. C., la H.OCH y la C.G.T. era correcta. Lo que pasa ahora, no es que las masas no estén dispuestas a barrer con el legalismo, sino que su actual dirección, vale decir la dirección del P. C. y del P. S. están demasiado domesticadas; han terminado por arrodillarse igual que camellos, para que el legalismo burgués se les monte sobre la jiba. Les va en ello su propia existencia, pues estas direcciones reformistas y capitulantes sólo pueden existir dentro de la legalidad burguesa. En un proceso revolucionario en ascenso, serán barridas sin contemplación por la dinámica ascendente del movimiento de masas. De ahí entonces, su terror a todo proceso revolucionario y la defensa de la legalidad burguesa. El sectarismo de aquella época, si bien es cierto encontraba su justificación en las causas ya anotadas, no es menos cierto que encerraba una posición política desde el punto de vista táctico y estratégico, totalmente equivocada e inconsecuente. Inconsecuente porque el P.C., bajo la dirección del camarada Recabarren había luchado por obtener el derecho a utilizar en beneficio de las masas y del proceso revolucionario, algunas de las garantías democrático-burguesas, entre ellas la tribuna del PARLAMENTO BURGUES, y lo consiguió cuando el camarada Recabarren fué elegido Diputado y utilizó la tribuna parlamentaria como una tribuna del pensamiento y acción revolucionaria, a diferencia de los parlamentarios de hoy que están convertidos en legislado-

res del régimen burgués y capitalista. Mirada desde ese punto de vista, la línea del P. C. fué correcta, pero luego de la muerte del compañero Recabarren devino en inconsecuente, por cuanto se opuso y combatió la creación de los sindicatos legales, que eran otra de las garantías democrático-burguesa que debió y debe ser utilizada en beneficio del proceso revolucionario. Fué equivocada desde el punto de vista táctico y estratégico, porque los revolucionarios tienen la obligación de utilizar cualesquier medio de organización de las masas trabajadoras para desarrollar e impulsar el proceso revolucionario.

¡No hay una sola forma inmutable de organización para los trabajadores! Toda forma de organización es buena, cuando se sabe aprovechar en beneficio de la revolución insuflándole una dirección y orientación revolucionaria. Si bien es cierto que la forma de organización es importante, mucho más importante es el contenido de dicha organización, es decir su programa y orientación. Esto es lo decisivo.

En la alborada del movimiento obrero, muchas organizaciones mutualistas sirvieron de base para la formación de los primeros sindicatos y éstos, a su vez, fueron viveros fecundos de donde se extrajo la militancia de los partidos obreros revolucionarios. No había razón entonces para suponer que los sindicatos legales no podían haber sido utilizados para exacerbar la lucha de clases, para acelerar el proceso revolucionario de las masas, y el derrumbe del sistema capitalista. Pero se equivocó el camino a seguir, y en vez de ayudar a la formación de los sindicatos legales, en vez de mandar adentro a los militantes revolucionarios para tomar el control y orientación de dichos UNICO entre la FOCH, la C.G.T. y los sindicatos legales, para centralizar la lucha reivindicativa de las masas, se siguió el camino del enfrentamiento con ellos.

Así, la FOCH orientada sin contrapeso por el P. C. declaró una guerra sin cuartel a los sindicatos legales. Estos surgieron por todas partes, especialmente en los sectores fabriles y de preferencia en la industria textil, del calzado y metalúrgicos. La nueva camada de obreros industriales aprovechó esta nueva forma de organización, para agruparse y plantear sus demandas a los patrones.

Los sindicatos legales respondían al proceso del desarrollo industrial de la época y a la necesidad orgánica de los obreros del sector industrial que buscaban, que necesitaban una forma de organización, cualesquiera que ella fuera, para poder plantear en forma unida y organizada sus demandas. Por otro lado, la burguesía, comprendiendo la necesidad de impedir el desarrollo de los sindicatos libres y el crecimiento de la FOCH como central aglutinadora de los mismos, se vió obligada a tener que dar a los trabajadores industriales una nueva forma de organización que le permitiera el control Estatal de los mismos, tratando así de neutralizar y paralizar el desarrollo ulterior de la FOCH que era el sinónimo de actividad revolucionaria. Así los sindicatos legales, venían a ser desde el punto de vista teórico de la burguesía, más bien dicho desde sus puntos de vista tácticos y estratégicos, una medida de auto-defensa y de ataque a la vez, en contra del movimiento revolucionario de la época.

Fué esto último, sumado a la falta de madurez política revolucionaria del P. C., lo que conformó la política sectaria que llevó a un enfrentamiento de la FOCH y los sindicatos legales, con desastrosas consecuencias para la primera. Pues mientras la FOCH se debilitaba y perdía fuerzas, los sindicatos legales se multiplicaban y se agrupaban en una fuerte CONFEDERACIÓN DE SINDICATOS LEGALES. Este sectarismo del P. C., cuya política marchaba de espalda a las masas, determinó una profun-

da crisis interna que dió como resultado el rompimiento de dicho partido. El sector disidente, en cuyas filas militó el que esto escribe, formó la organización política que se llamó IZQUIERDA COMUNISTA. Esta organización de la cual fui uno de sus fundadores envió a sus militantes a trabajar dentro de los sindicatos legales y de la Confederación, sin romper con la FOCH; nuestra misión era la de impulsar una política de UNIFICACION DE LA CONFEDERACION CON LA FOCH y, si era posible, también con la CGT, a través de una nueva central sindical. En el desarrollo de esta línea se contó con la comprensión de los militantes del naciente P. S.

Así fué como en el congreso de la FOCH, efectuado en 1934 en un local de Av. La Paz ,donde los militantes de la Izquierda Comunista que actuábamos en la FOCH, logramos que se aprobara en principio nuestra línea de unificación en contra del sectarismo aún imperante en el seno del P. C. Muy luego debía formarse el Comité de Unificación que en un congreso diera posteriormente vida a la CTCH superando en gran medida el sectarismo de esa época.

UN PARALELO HISTORICO

He creído necesario exponer todo lo que antecede, para extraer de ahí la experiencia que permita superar rápidamente el actual sectarismo con que el P. C. y el P. S. y algunos gremios, inclusive, están enfrentando la formación de las JUNTAS DE VECINOS.

Hoy al igual que ayer, el sectarismo más cerrado está campeando con respecto a las JUNTAS DE VECINOS,

y se les ha declarado dentro y fuera del Parlamento, la más tenaz oposición por parte de las organizaciones ya señaladas. Hoy al igual que ayer, se esgrimen los mismos argumentos: Que van a ser organizaciones legales, que van a estar controladas por el Gobierno, que van a invadir ATRIBUCIONES DE LAS MUNICIPALIDADES, etc., etc. y, lo que es peor aún, he escuchado a dirigentes gremiales, oponerse sin tener siquiera el más mínimo conocimiento de lo que establece el proyecto que crea las Juntas de Vecinos. Aquí no se trata de apoyar o no apoyar el proyecto que crea estas Juntas, de lo que se trata es, de ver cómo estas Juntas de Vecinos, que van a estar formadas en su mayor parte por trabajadores pueden transformarse en organismos de lucha de la clase trabajadora, no sólo para obtener algunas conquistas, sino para elevar a un plano superior la lucha de clases, por el camino de la emancipación de las masas oprimidas y explotadas.

El argumento, en el sentido de que van a ser ORGANIZACIONES LEGALES no tiene en este caso, como no lo tuvo en el caso de los sindicatos legales, ninguna validez. Quizás sea necesario destacar que en la actualidad los gremios de Trabajadores Civiles del Estado, han estado reclamando el derecho a organizarse legalmente, ya que actualmente el CODIGO DEL TRABAJO se lo prohíbe. Igualmente se ha estado llevando adelante, aunque en forma muy débil, la lucha por el derecho a la SINDICALIZACION DE LOS CAMPESINOS, e incluso la propia CUTCH, en más de un congreso ha tomado el acuerdo de PEDIR al Gobierno su RECONOCIMIENTO LEGAL. Entonces cabe preguntar ¿Porqué oponerse a que LAS JUNTAS DE VECINOS SEAN ORGANIZACIONES LEGALES? Tampoco tiene validez el argumento de que el Gobierno va a controlarlas a través del MINISTERIO DEL INTERIOR. Lo mismo se dijo de los sindicatos

legales en el sentido de que éstos iban a ser controlados por el Gobierno a través del Ministerio del Trabajo. Pero la verdad es que en la práctica, los controlan solamente desde del punto estadístico, y eso con serias deficiencias.

Por lo demás, una cosa es que el Gobierno quiera controlar las Juntas de Vecinos en sus actividades, y otra cosa muy distinta es, que las Juntas **SE DEJEN CONTROLAR**. Esto último depende naturalmente de la orientación que los trabajadores le impriman a estos organismos. Por último, ¿que las Juntas van a invadir atribuciones de las Municipalidades? En primer lugar, aclaremos lo que son las municipalidades. Los actuales municipios no son otra cosa que organismos que forman parte de la superestructura del sistema burgues y capitalista y se generan a través del **FRAUDE ELECTORAL** al igual que el Parlamento y el Gobierno. Hasta aquí se ha mantenido la falsedad de que estos organismos se generan por la elección **POPULAR, LIBRE Y DEMOCRATICA!!**. Luego ¿qué ingerencia, qué control tienen sobre estos organismos los trabajadores? Ninguno. Solamente intervienen

en sus decisiones los representantes de los partidos que han sido elegidos para ello y uno que otro de los llamados "independientes". Pero la gran masa de trabajadores no tiene ninguna participación en sus decisiones. De consiguiente, si se trata de que en las Juntas de Vecinos, los obreros organizados tengan alguna ingerencia en sus decisiones ¡magnífico! y yo agregaría, que no sean solamente las Juntas de Vecinos, sino también los **SINDICATOS** y cualesquiera otro tipo de organización que tengan los trabajadores; más aún, diría que estos organismos llamados Municipalidades, deberían estar formados exclusivamente por representantes directos de las organizaciones obreras y campesinas de cada comuna, elegidos directamente por dichas organizaciones. Así, estaríamos echando las bases de los futuros **ORGANOS DE**

PODER de los trabajadores, organismos decisivos en todo proceso revolucionario y culminación triunfante del mismo.

No es causal que “El Mercurio”, la Derecha y la Confederación Nacional de Municipalidades, se opongan tenazmente a la intervención de las Juntas de Vecinos en los municipios, alegando que ello significa “invasión” de atribuciones. Más aún, reclaman el derecho de ser “ellos” —los actuales municipios— quienes tengan el control de las Juntas de Vecinos. ¡No señores! Son los organismos de los trabajadores, los llamados a controlarlos a Uds. y muy luego mandarlos a paseo, para levantar en su reemplazo la **COMUNA OBRERA** integrada por los auténticos representantes de los trabajadores, elegidos, libre y democráticamente por sus propias organizaciones.

LAS JUNTAS DE VECINOS

Me voy a permitir ahora exponer aquellos puntos más importantes que contiene el proyecto del Gobierno y las modificaciones introducidas por la Comisión de Gobierno Interior de la Cámara de Diputados, a fin de que el lector se forme un juicio sobre la materia.

En primer lugar, se establece que dentro de los 120 días siguientes a la publicación del Reglamento de la Ley, las **Municipalidades** deberán establecer los límites jurisdiccionales de cada **UNIDAD VECINAL**. Cada Unidad Vecinal no tendrá un número inferior a 200 habitantes. Una vez determinados los límites de la Unidad Vecinal, sólo se podrá constituir en ella “una Junta de Vecinos” que goce de la **Personería Jurídica**. Si los Vecinos no están de acuerdo con los límites jurisdiccionales fija-

dos, podrán reclamar ante el Intendente de la Provincia, dentro de los 20 días después de tomado el acuerdo. El reclamo podrá hacerse con no menos de 50 vecinos.

Dentro de una población pueden haber tantas Juntas de Vecinos como Unidades Vecinales existan. Establecidos los límites de una Unidad Vecinal, un número no inferior a 50 vecinos podrán solicitar del Gobernador del Departamento respectivo, que fije día, hora y lugar para llevar a efecto la elección de la Directiva.

La Directiva de una Junta estará compuesta por nueve miembros, 6 de éstos designados en forma directa por los integrantes de la Junta y 3 de los organismos Comunitarios, como ser Centros de Madres, Centros Culturales, etc. etc. Estas Juntas de Vecinos se agruparán en UNIONES COMUNALES las que, a su vez, se agruparán en FEDERACIONES PROVINCIALES y éstas en la CONFEDERACION NACIONAL.

Para su mejor funcionamiento, las Juntas de Vecinos podrán constituir organizaciones más pequeñas denominadas Comités de Vecinos y dividir sus funciones en diversas comisiones. Estos organismos y las comisiones, no tendrán Personalidad Jurídica.

Las Juntas de Vecinos elaborarán sus propios Estatutos.

Los dirigentes de las Uniones, Federaciones y Confederaciones de Juntas de Vecinos, que presten sus servicios en cualquier repartición fiscal o semi-fiscal o en empresas particulares en que laboren más de 25 personas, tendrá derecho a dos días mínimo mensuales para desempeñar sus actividades, pagados por los patrones y válidos para todos los efectos legales. Igual derecho tendrán los Presidentes de las Juntas de Vecinos.

Estos son algunos de los aspectos organizativos más importantes. Veamos ahora, algunas de sus atribuciones.

Los Presidentes de las Juntas de Vecinos tendrán derecho a voz en las sesiones de la Municipalidad y en sus diversas comisiones cuando se traten asuntos que se refieran o afectan a sus Unidades Vecinales respectivas.

La Unión Comunal de Juntas de Vecinos designará anualmente, hasta dos representantes por cada una de las comisiones que se constituyan en el municipio respectivo.

Además tienen atribuciones para actuar como organismos colaboradores de los organismos municipales y públicos, en la fiscalización de precios y venta de artículos de primera necesidad, en el control sanitario de los locales que expenden alimentos, en la racionalización de la locomoción colectiva, en el otorgamiento de patentes alcohólicas; incluso, los servicios públicos deben procurar la integración de los representantes de las Juntas, a la estructura orgánica en todos los niveles en que sea compatible con las funciones técnicas a su cargo.

Ahora bien, ¿tienen razón el P. C. y el P. S. para oponerse a todo esto? El hacerlo, ¿no es acaso un sectarismo de la peor especie? Lo que corresponde hacer a todo elemento y organización que se dice revolucionaria, es aprovechar todo esto y mejorarlo, elevándolo a un plano superior en la lucha de clase.

Hay que impulsar la organización de las Juntas de Vecinos en todos los frentes y centralizar sus actividades a través del país. Hay que aprovechar al máximo sus atribuciones, hay que dotarlas de un programa y de una dirección que responda fielmente a los intereses de clase de las grandes masas de trabajadoras; hay que sacarlas de sus actividades meramente locales y hacerlas conver-

ger en una acción masiva y de conjunto tras la consecución de objetivos generales de la clase trabajadora. Incluso, hay que llevarlas a la formación de un FRENTE UNICO de lucha con los sindicatos de cada comuna, para desarrollar acciones conjuntas por cuestiones específicas y generales. No nos olvidemos que los trabajadores actúan como productores, como consumidores y como pobladores; por tanto, tienen que actuar en todos estos frentes de lucha y nada mejor que hacerlo en forma organizada y unitaria. Así, cuando haya una huelga dentro de una comuna, los huelguistas no quedarían solos. Ahí tiene que estar la acción solidaria y combatiente de las Juntas de Vecinos. A su vez, los sindicatos respaldarán en lo que sea necesario las peticiones de la Junta. Así le daremos a las Juntas de Vecinos un amplio contenido de clase, transformándolas en organismos de combate de la clase obrera. Pero para que esto ocurra, los elementos de avanzada, los elementos que se precian de ser revolucionarios, tienen que estar ADENTRO, dando e impulsando la línea clasista. Haciendo conciencia en los que la integran, dándoles el programa, la dirección y la línea de acción que los intereses de la clase reclaman en estas horas de claudicaciones y entreguismo. Desde afuera, combatiendo a las Juntas de Vecinos con la política que actualmente impulsa el P. C. y el P. S., sólo llevará a los trabajadores a un enfrentamiento entre sí que en nada los beneficiará, y del cual se aprovechará la Democracia-Cristiana y su Gobierno, y a través de ellos, la burguesía en su conjunto.

No nos olvidemos que el Gobierno, al ir a la creación de las Juntas de Vecinos, busca la manera de obtener un respaldo masivo a su política, echando mano a la gran masa de obreros inorganizados agrupándolos en las Juntas de Vecinos y haciéndoles algunas concesiones como las que hemos expuesto en el presente trabajo. La mejor manera de impedir que el Gobierno logre su objetivo, es llevando adelante la línea general que me he permitido

trazar a grandes rasgos. ¡ROBEMOSLE LOS HUEVOS AL AGUILA!

Para terminar, algunas palabras con respecto al famoso Consejo de Promoción Popular que se pretende crear a través del proyecto en cuestión.

Dicho Consejo es un organismo SUPER—BUROCRA-TICO que va a tratar de meter sus manos en las Juntas de Vecinos, ya que se le confiere la misión de “orientar la política de desarrollo social del país en cuanto permita la incorporación de todos los sectores populares a la plenitud de la vida política, económica, social y cultural de la nación”.

A este bichito, que lo único concreto que va a hacer es gastarse gran parte del erario nacional al igual que un traga—monedas, para pagar su frondosa burocracia parasitaria y muy demócrata cristiana, hay que darle leña a muerte. Y si por casualidad llega a nacer, que lo haga nonato.

ESTRATEGIA

REVISTAS DEL MIR

DIRECTOR-PROPIETARIO :

OSCAR WAISS

DIRECCION Y REDACCION :

TEATINOS 537

CASILLA 10369 - SANTIAGO-CHILE

ESTRATEGIA

no quiere ser una revista informativa más, sino un **órgano de elaboración teórica** que contribuya a enriquecer el programa de la Revolución Socialista Chilena, para cuyo fin dará preferencia a los trabajos de investigación sobre la realidad nacional.

ESTRATEGIA

es una **TRIBUNA ABIERTA** a todas las corrientes del pensamiento marxista revolucionario. Aspira a superar el viejo pasado sectario y dogmático ofreciendo generosamente sus columnas a todas las tendencias marxistas que quieran expresar libremente sus puntos de vista.

ESTRATEGIA

quiere convertirse en una revista **polémica** en la que discutan fraternalmente todos aquellos que quieran contribuir a elaborar la estrategia de la Revolución Socialista Latinoamericana.

ESTRATEGIA

es sólo responsable de los editoriales. Los artículos firmados representan las opiniones personales de cada autor, los que pueden no coincidir necesariamente con la dirección de la revista.